

“EL ESTADIO DEL ESPEJO COMO FORMADOR DE LA FUNCIÓN DEL «JE
(YO)» 1

TAL Y COMO NOS LA REVELA LA EXPERIENCIA DEL PSICOANÁLISIS”

Ignacio Gárate Martínez

En el sistema de pensamiento inaugurado por Jacques Lacan el *estadio del espejo* es una construcción especulativa, para explicar la solución ontológica del prematuro del hombre que abandona la sensación de desperdigamiento original y se unifica, estructurándose por medio de la identificación, al reconocerse en la mirada del Otro. El estadio del espejo le permite a Lacan darle coherencia, en la construcción del Yo (Moi), al narcisismo primario y a las identificaciones secundarias. Lacan forja éste término en 1936, para “*designar un momento psíquico y ontológico de la construcción humana, situado entre los seis y los dieciocho primeros meses de la vida*”². El bebé anticipa el control de su unidad corporal al identificarse con la imagen que su semejante le brinda a la manera de un espejo. Aunque inspirado por los trabajos de psicología del desarrollo de Henri Wallon y los del anatomista Louis Bolk, el estadio del espejo no es una fase observable por métodos experimentales; es una posición metafórica que estructura una manera de comprender el desarrollo del ser por venir, a partir de lo que Lacan construirá a lo largo de su enseñanza, y que sintetiza en el “*esquema del ramillete invertido*”, inscribiendo esta posición en su tópica “*Real, simbólico, imaginario*”. En nuestra clínica, el estadio del espejo es fundamental para situar, a través de la dirección de la cura, la relación singular del sujeto con sus objetos de deseo, y cómo la identificación simétrica con las miradas y el ver y ser visto, se consigue desplazar o no, a la disimetría de la voz (que anticipa su

¹ Ante la imposibilidad de traducir de modo satisfactorio la diferencia que permite el idioma francés entre *Moi* y *Je* (Marcelo Pasternac propone “*yo sustancial*” y “*yo formal*”), y por no decir: “*Yo mayúsculo*” y “*yo minúsculo*”, le pondremos mayúscula a la traducción española del “Ich” freudiano como construcción de la conciencia de ser henchida de sí, dejando en minúscula el yo de la afirmación enunciativa introducida por Lacan.

² Roudinesco Élisabeth & Plon Michel; *Dictionnaire de la psychanalyse*, ediciones Fayard, París, 1997; pgs. 1008-1009.

entrada en el discurso con la articulación significativa del *Fort* y del *Da*), escuchar y ser escuchado, deshilándose de otras voces envolventes, para desenvolverse con su propia voz alentada en el cuerpo.

EL ESTADIO DEL ESPEJO: ¿CIENCIA O POÉTICA?

De la conferencia que el Doctor Jacques-Marie Lacan pronunciara el 16 de junio de 1936, en la intimidad de la *Sociedad psicoanalítica de París*, no queda más huella que su título: *el estadio del espejo*; de la que no pudo terminar en el congreso de Marienbad, interrumpido por Jones que la encontró excesivamente larga, sólo la referencia en las actas del *International Journal of Psychoanalysis*, 1937, tomo I, pg. 115: “16 de junio de 1936. Dr. Lacan : Notes on the « Looking-glass Phase » (a term coined by the writer).” Esto, poco tiempo después de que Melanie Klein se atreviese a estudiar la importancia de los primeros años de la vida en el desarrollo del psiquismo del niño; influida por Abraham, que había localizado la emergencia de la melancolía en estadios muy precoces de la infancia, Klein intenta describir en los bebés, las relaciones de objeto primerizas.

Para Melanie Klein el objeto es siempre una *Imago*, o sea, la imagen de un objeto real que el sujeto ha integrado a su Yo, gracias a un mecanismo de *introyección*, que le permite ocupar el estatuto de fantasía; ella lo llama “*phantasme*” en el sentido de fantasía inconsciente.

Del mismo modo y en la misma época, Lacan con la generación de los psiquiatras franceses formados en psicoanálisis, discute la doctrina de las constituciones que separaba artificialmente lo normal y lo patológico. Lo mismo que Melanie, el psicoanalista francés reincorpora la locura a la historia del sujeto, y para ello comienza a trabajar en el campo de las psicosis; al igual que ella, intenta resolver el enigma de la condición imaginaria del hombre, explorando los elementos más arcaicos de la relación de objeto, para renovar la doctrina freudiana y su corpus doctrinal constituido. Pero a diferencia de la vienesa de Londres, que forja su conceptualidad a partir de las herramientas labradas por Freud, Lacan busca siempre en la cultura de su época, los elementos con los que construir la espiral metafórica de su pensamiento en obra. Sólo gracias a

esa exterioridad referencial conseguirá Lacan escapar al Freud académico de su tiempo, ora *francopichoniano*, ora *egopsicológico*, siempre un Freud del *Yo*, de las *resistencias* y de los *mecanismos de defensa*, un Freud *anafreudiano*, a punto de desfigurarse con el barbecho adaptativo de la *self psicología* cuya moralina ya se estaba gestando.

Cuando hablo de espiral metafórica en el sistema de pensamiento elaborado por Lacan, es para insistir en la importancia fundamental de las transformaciones que imprime a sus empréstitos: el concepto original se deforma y se transforma en el sistema lacaniano, lo mismo que un significante se *condensa* y se *desplaza* en la metáfora poética y en la gestación del resto diurno de un sueño.

Esta manera de proceder, esta libertad de lectura, es la que le lleva a un Mikkel Borch-Jacobsen a reprocharle a Lacan, en el malhadado "*libro negro del psicoanálisis*", su supuesta "*impostura*", al permitir que la filosofía de Hegel o de Heidegger acompañen una lectura renovada del pensamiento freudiano, transformando la clínica analítica en vez de cristalizarse en mera especulación filosófica. Nos podríamos reír de los aspectos tan reductores de esta manera de pensar, si ésta no fuese lo que nos está deparando un porvenir casi presente: un saber analítico-pragmático, en donde el valor del pensamiento se confunda con su posibilidad de evaluación estadística. En cierto modo una ciencia para universitarios, dependientes de la medida estadística de sus citas en revistas con comité editorial, para obtener ascensos, presupuestos o prebendas. Una ciencia en donde se confunde valor y precio, se anula la osadía, se burla la subversión y se transforma la propia comunidad de colegas en policía del pensamiento.

A este porvenir funesto, le podríamos oponer (si nos dejan hacer con las nubes terciopelo), un pensamiento metafórico, una disciplina paradójica, libre de pasearse por paisajes desconocidos, para hacer su miel con las flores exóticas, recogidas de pensamientos foráneos, pero cocinadas, construidas y elaboradas en un sistema de sabores del que fuésemos autor y responsables.

El fundamento epistemológico de la disciplina psicoanalítica, tal y como Lacan la introduce con el estadio del espejo, es instaurador de una paradoja que

cuestiona la ciencia y su imposibilidad de construir una teoría satisfactoria de la subjetividad.

Joël Dor (1946-1999), en su tesis doctoral *“la a-cientificidad del psicoanálisis”*, parte de la constatación que el trabajo de objetivación científica excluye por principio la subjetividad; demuestra cómo la ciencia sólo consigue resolver la cuestión del sujeto de manera ideal. Con ello cuestiona especialmente el programa epistemológico del empirismo lógico anglosajón, que es la mejor traducción de este ideal de exclusión del sujeto en aras del control de la objetividad. La única manera de introducir el campo del sujeto, y el psicoanálisis con él, en el campo del saber, es el concepto de *“paradojidad instauradora”*, que Joël Dor discierne en las matemáticas griegas con la noción del *“continuo”*. Por analogía con el razonamiento de Eudoxo de Cnidos, precursor del cálculo integral, que reintroduce los irracionales en el sistema de los números, propone que se le atribuya al psicoanálisis un valor paradójico fundador, respecto del campo cerrado de la cientificidad.

Sigamos con Dor para comprender la ruptura epistemológica entre ciencia y psicoanálisis: *“Primero: el psicoanálisis no fue nunca una ciencia ya que es sólo ficción. Segundo: un psicoanálisis que quisiera ser ciencia, sólo sería verdad como tal si lo enunciara la filosofía. Tercero: el psicoanálisis es una ciencia en cuanto deja de ser el psicoanálisis para convertirse en una psicología científica.”* (*La a-cientificidad...* tomo I, pg. 152. La traducción es mía).

Esta ruptura podría parecer meramente teórica si no introdujese consecuencias clínicas en donde la práctica psicoanalítica se diferencia y rompe con cualquier tipo de filosofía y, aún más, de psicología científica: *“la evaluación diagnóstica se somete por consiguiente al orden del decir mucho más de lo que parece deber referirse al registro de lo dicho. En este sentido, la movilización imperativa del dispositivo analítico confiere a la escucha la aptitud primordial de un instrumento diagnóstico prevalente sobre el saber nosográfico y las racionalizaciones causalistas.”* (*Estructura y perversiones*, pg. 29. La traducción es mía)

Si observamos con detenimiento las consecuencias concretas de estas elaboraciones epistemológicas, comprenderemos fácilmente, que el

psicoanálisis es una estructura de ficción, basada en un decir sin control, cuyo saber se construye según la progresión de una escucha al acecho de un decir, que nunca se convierte en dicho o verdad acabada, en saber cerrado por el lado de la nosografía o de la función de la causa. Algo persiste en la búsqueda de la función de la causa (de Aristóteles a Kant), que se manifiesta como oquedad hiante, irreductible a la razón, porque el objeto como causa se escabulle, enigmático, detrás de la construcción, de la fantasía. Y la búsqueda nos depara una forma de literatura, una producción de ficción que sólo se puede analizar con las herramientas de la literatura, o sea las herramientas del análisis literario, tal y como se recogen en lo que se ha dado en llamar las reglas de la poética.

HISTORIAS DEL ESPEJO

Sócrates le dice: «*Pues bien, ¿Has notado que el rostro de quien mira en el ojo de otro se muestra en el ojo que está enfrente como en un espejo?*» De Platón en su *Primer Alcibiades* (A 133), a las *neuronas espejo* de Rizzolatti en Parma (Departamento de neurociencias de la Facultad de medicina, 1990), la cuestión de la percepción y del reconocimiento por simetría con el otro, ha interesado a todos los investigadores del desarrollo humano. Unos, lo han hecho con ánimo de elevación espiritual, para sugerir imitaciones de virtudes que engrandezcan el alma en espejos ideales, otros para descubrir potenciales de acción neuronal en un mono, de la misma manera cuando ejecuta un gesto, que cuando lo ve ejecutar por uno de su especie: espejismo de la acción neuronal, *neuronas espejo*.

Unos y otros se confrontan al cabo con la inexactitud de sus aspiraciones, pues la moral de la identificación, se va al traste en los escollos de la condición humana y sus seísmos, y la neurociencia se topa con la complejidad del esfuerzo de representación mental de lo que el otro, mi semejante, siente en el momento de su acción, para poder imitarlo.

Rizzolatti nos explica que, además de las *neuronas espejo*, que se activan cuando vemos realizar la misma acción que la que las implica cuando la realizamos nosotros, otro tipo de neuronas, llamadas *canónicas*, se activan a la simple vista de un objeto asible por un movimiento de prensión de la mano,

codificado por esta neurona. Como si el cerebro anticipase una interacción posible con este objeto y se preparase en consecuencia.

Puesto que podemos prever las consecuencias de nuestras propias acciones, algunos pretenden que las *neuronas espejo* podrían ser el substrato neuronal de nuestra capacidad de comprender también el significado de una acción ejecutada por otro.

Comprender el sentido de las acciones del otro es la base de las relaciones sociales y particularmente de la comunicación interindividual. Por ello, el descubrimiento es interesantísimo para explicar cómo podemos representarnos el estado de ánimo y las intenciones de los demás. Además, el hecho de que el área F5 en el mono sea considerado homólogo del área de Broca en el humano, sugiere también una implicación de las neuronas espejo en la comunicación humana.

Así, hay quienes piensan que nuestro aparato neuronal, gracias a las neuronas espejo, se estructura por mimetismo durante los dos o tres primeros años de nuestra vida; se pretende incluso que si, por cualquier razón, el proceso mimético no se pone en marcha al principio de la vida de un individuo, éste se convierte, casi siempre, en psicótico: al no sentir nada de las sensaciones del otro, no podrá comunicar con él.

Esta teoría se empieza a debilitar cuando Nicolás Danzinger, de la Salpêtrière, demuestra que se necesita además un “*intenso trabajo mental de representación y de imaginación de lo que siente el otro*”, que va mucho más allá del simple mimetismo automático que depende de las *neuronas espejo*.

Según Danzinger, para las personas insensibles al dolor, imaginar el dolor de otro requiere un trabajo de naturaleza cognitiva, que se destaca en la activación de otra zona cerebral, dedicada a las representaciones abstractas, el córtex prefrontal ventromediano. Este substrato de pura abstracción, entra en juego cuando se les muestra, sin que haya otro, escenas que evocan dolor, por ejemplo un martillazo en un dedo. Necesitan un razonamiento complejo para comprender lo que se debe de sentir en tales situaciones. Seguramente, para

adivinar o imaginar lo que siente el otro, estas personas apelan a su experiencia del sufrimiento moral identificado al sufrimiento físico.³

Adivinar lo que siente el otro es lo que hacemos cotidianamente en vez de dedicarnos a reproducir el espejismo de su experiencia subjetiva. Ello nos permite tener en cuenta formas de sufrimiento que nosotros no hemos experimentado. Condición precisamente en donde se diferencia la noción psicoanalítica de transferencia y de identificación. Aceptar que existen otros que son mis semejantes sin parecerse a mi, nos permite recibir sus vivencias, sabiendo también que nunca podremos sentir lo mismo que ellos.

Naturalmente, nuestra percepción de lo que el otro vive, no es la verdad de su sensación exacta, sino una creación nuestra a partir del reconocimiento de su diferencia. Podríamos pensar, aludiendo a lo que Nicolás de Cusa propone en *De Visione Dei* (sobre el mirar y ser mirado), que reconocer la diferencia del otro nos permite acogerle con un acto de *percepción*, de *creación* y de *afecto*.

JACQUES LACAN O LA METAFORIZACIÓN DEL SABER EXPERIMENTAL

Seguramente influido por el texto de Canguilhem (1953) “¿*Qué es la psicología?*”, el pensamiento psicoanalítico en Francia tiende a menospreciar el saber experimental y particularmente la psicología genética. Burdo error que destierra de un plumazo los trabajos de Spitz, Wallon, Piaget, Zazzo... olvidando que Merleau-Ponty realiza gran parte de su carrera como psicólogo y que Lacan recoge los temas y los hallazgos que le interesan modificándolos para deslizarlos de la psicología al psicoanálisis (E. Jalley, EPEL 1998). Se podría pretender que Lacan recoge en Wallon términos como estadio del espejo, transitivismo, prematuración, construcción simbólica del campo del otro, pero más que distribuir prioridades y méritos o explicar el antipsicologismo de Lacan como resultado de sus querellas y rivalidades con Daniel Lagache, lo que merece realmente la pena recalcar, como lo demuestra Émile Jalley, es que Lacan y Wallon intentan resolver y remediar un defecto crucial de la psicología genética: “*la ausencia en el pensamiento freudiano de un verdadero modelo del lazo social*”

³ La síntesis sobre la actualidad de las *neuronas espejo* se la debo a la Doctora Marie Rey-Camet que la presentó en nuestro seminario en París.

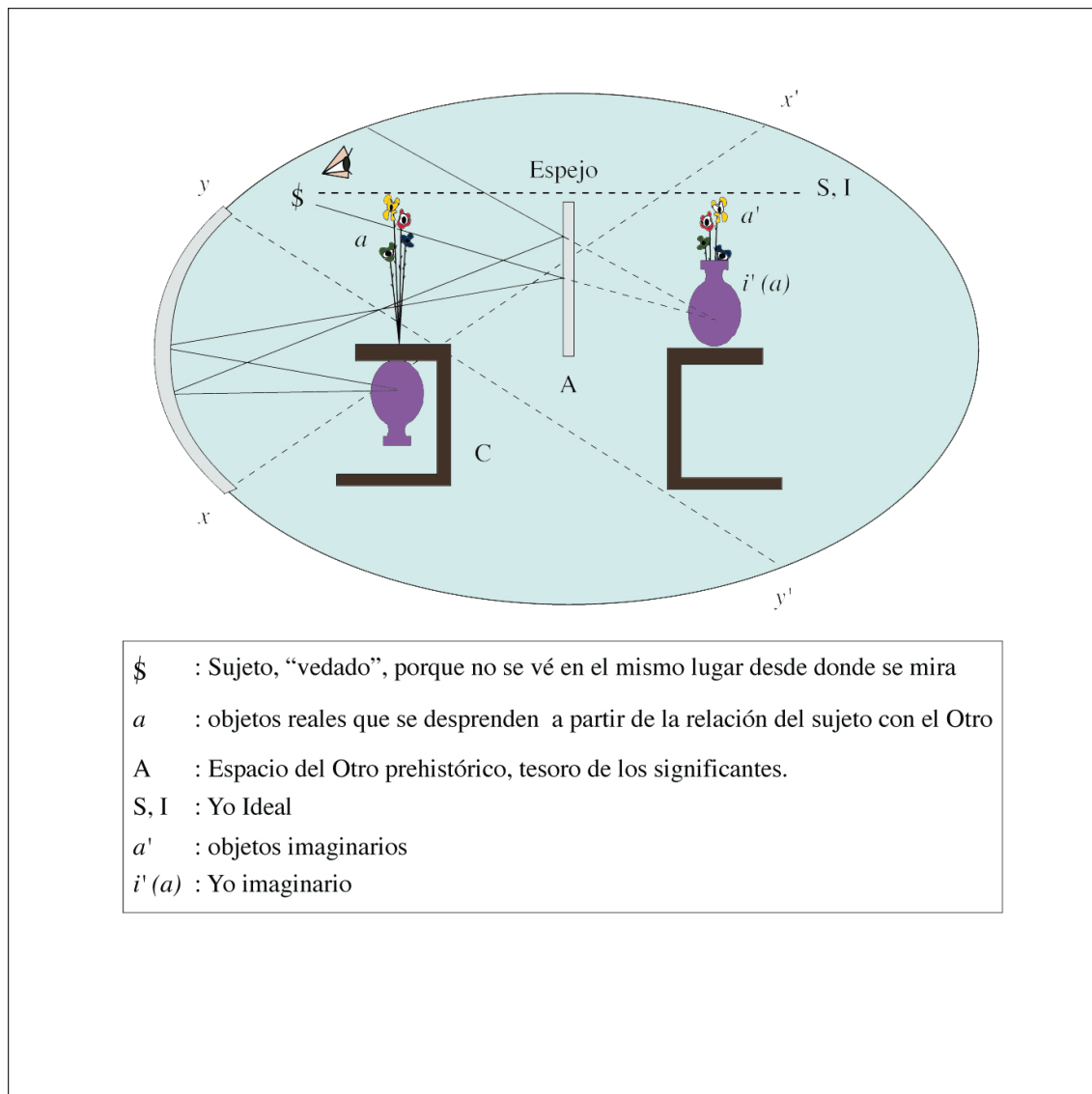
primario". Al leer a Wallon, Lacan encontrará la solución, que "solo puede consistir en contemplar el Yo según atributos contradictorios. Instalar el conflicto en el seno del Yo: una instancia de cristalización precoz, prematura, pero con una estructura frágil y cambiante para contemplar la estructura del Yo que nace de la experiencia especular, como algo dotado de una función contradictoriamente unificante y alienante, una estructura marcada por la paradoja de una forma de suficiencia y al mismo tiempo de una oquedad esencial. El Yo comporta la noción ilusoria y estructurante de colmar la debilidad motora esencial del sujeto con la anticipación perceptiva de su unidad."

Lejos del eclecticismo que a veces se le imputa, el estadio del espejo lacaniano nace como metáfora y síntesis de un trasfondo ideológico y cultural. La doctrina freudiana de la oposición psíquica: "La vida psíquica es un campo de batalla y una arena en donde luchan tendencias opuestas o, para emplear un lenguaje menos dinámico, se compone de contradicciones y de parejas de opuestos" (*Introducción al psicoanálisis*); la teoría de los estadios en sus versiones kleinianas y postkleinianas y la construcción piagetiana de la historia de la psicología del niño.

En la primavera de 1938, se publica el tomo VIII de la Enciclopedia francesa dirigida por Lucien Febvre. Este volumen preparado por Henri Wallon se titula "La vida mental" y contiene una sección dedicada a la institución familiar y a los complejos familiares, redactada por un joven psiquiatra que pertenece a la tercera generación de la *Sociedad Psicoanalítica de París* (E. Roudinesco & P. Schötter, *Genèses* 13, 1993). Allí se encuentra la primera lectura lacaniana de la obra de Melanie Klein y la primera gran apropiación filosófica de Freud desvinculada de cualquier tipo de sustrato biológico. Gracias a la enseñanza combinada de Kojève, Koyré y Wallon, Lacan consigue interpretar la obra freudiana en el sentido de una fenomenología, de un hegelianismo, cuyo reto central es diferenciar el Yo, el yo y el otro, lo que le permite elaborar una teoría de lo imaginario.

De 1952 a 1975, Lacan utiliza 97 veces en su seminario la noción de estadio del espejo; ello demuestra que no es solamente una construcción original de sus inicios, sino que la sigue nutriendo con su reflexión y participa continuamente en

la elaboración y desarrollo de la tónica lacaniana “Real, simbólico, imaginario”, sobre todo al incluir, con el esquema del *ramillete invertido*, también llamado *esquema óptico*, la dimensión del objeto *a* como resto perdido de la constitución del sujeto unificado en el campo del otro.



“Es exactamente lo que le hace a Freud poner el término de regresión justo ahí, en el punto en donde define con precisión la relación entre la identificación y el amor. Pero, en esta regresión en donde a sigue siendo lo que es, o sea instrumento, solamente con lo que somos podemos, por así decir, tener o no tener. Con la imagen real aquí constituida, cuando emerge como i(a) [Yo imaginario], apresamos o no en el gollete de esta imagen los restos, la

multiplicidad de los objetos a representada en mi esquema por la flores reales tomadas en cuenta o no en la constitución, gracias al espejo cóncavo del fondo, del símbolo de algo, digamos, que se debe de encontrar en la estructura del córtex, en el fundamento de cierta relación del hombre con la imagen de su cuerpo y con los diferentes objetos que constituyen ese cuerpo; los trozos del cuerpo original son tomados o no, aprehendidos, en el momento en que i(a) encuentra la ocasión de constituirse” (seminario de Jacques Lacan, lección del 23 de enero de 1963. La traducción es mía)

“Aquí no se trata de un punto de estructura sino, como cada vez que nos referimos a modelos ópticos, de una metáfora; naturalmente una metáfora que se aplica, cuando sabemos que gracias a un espejo esférico, se puede producir la imagen real de un objeto escondido debajo de lo que llamé una tablilla. Y que, a partir de ahí, si tuviésemos un ramillete de flores dispuesto a someterse a la abrazadera del espejismo de su gollete, se da un juego que es precisamente y que constituye ese truquito de física divertida, a condición de que, para verlo, estemos situados en cierto campo escénico delineado a partir del espejo esférico. Si no lo ocupamos, precisamente, podemos, haciéndonos transferir como visión a cierto punto del espejo, encontrarnos ahí, en el campo cónico que viene del espejo esférico. Es decir, que ahí se ve el resultado de la ilusión, a saber, las flores rodeadas por su pequeño florero. Esto, claro está, como modelo óptico no es de ninguna manera la estructura, lo mismo que Freud no pensó nunca en daros la estructura de funciones fisiológicas al hablaros del Yo, del Superyo, del ideal del Yo o incluso del Ello. No está en ningún lugar del cuerpo; la imagen del cuerpo sin embargo si que está. Y aquí, el espejo esférico, no tiene más papel que el de representar lo que, en efecto, en el córtex pueda ser el aparato necesario para darnos en su fundamento, esta imagen del cuerpo.” (Seminario de Jacques Lacan, lección del 25 de mayo de 1966. La traducción es mía)

Es evidente que, para Henri Wallon, el *estadio del espejo* ⁴ no es una metáfora sino una prueba psicológica de la estructuración paulatina del niño.

El desarrollo walloniano del niño opera por etapas en una “*dialéctica natural*” concebida en términos de resolución de contradicciones y de conflictos que permiten la integración progresiva de los elementos de la realidad.

Todo lo que describe se sitúa a nivel de la conciencia, apoyándose en las experiencias sensori-motoras vividas por el niño y a las que se superponen, poco a poco, nuevas formas de identificaciones y de integraciones mentales.

Para que se forme una representación del cuerpo propio, que su Yo se unifique en el espacio, se debe operar una separación entre las impresiones sensibles y la noción de existencia (la realidad del reflejo no justifica su ser).

Tendrá que subordinar las experiencias inmediatas a la representación pura, y luego multiplicar las diferenciaciones por equivalencia. Paulatinamente el niño puede redistribuir y ordenar los diferentes contenidos de la experiencia según relaciones de espacio más abstractas. Es el preludio de la actividad simbólica.

Para H. Wallon, el conocimiento de su imagen en el espejo es, en el niño, un procedimiento, más o menos episódico, entre los muchos que le sirven para adentrarse progresivamente entre las cosas y las gentes de las que ha fijado rasgos e identidad, de manera que, finalmente, se reconoce a sí mismo como cuerpo entre los cuerpos, ser entre los seres.

Pero Lacan, liberado con su metáfora óptica, del universo de la prueba, introduce algo que va más allá del mirar y ser mirado ya que, para representar *la buena inclinación del espejo del otro*, introduce la dimensión de *la voz*, ruido del

⁴ La síntesis del trabajo de Wallon sobre el *estadio del espejo* se la debo a Élise Gauthier que la presentó en nuestro seminario en París. Wallon H., Deuxième partie : Conscience et individualisation du corps propre. Chapitre IV : Le corps propre et son image extéroceptive in *Les origines du caractère chez l'enfant*. Paris : Presses Universitaires de France, 2009, 324p., Quadrige.

cuerpo encarnado en salivas, la voz regula de manera trascendente la inclinación del aparato imaginario que se produce en el espejo. Veamos cómo lo introduce y dispongámonos a considerar luego las consecuencias clínicas fundamentales que por aquí se articulan:

«¿De qué se trata? En resumen de que el reflejo del ojo mítico, es decir el otro que somos nosotros, allí en donde primero vimos nuestro “ego”; es decir fuera de nosotros en forma humana, no como concebida para captar un comportamiento sexual, sino como vinculada a algo que sólo surgirá más tarde en la obra de Freud, fundamentalmente vinculado a la impotencia primitiva del ser humano, y al hecho que ve su forma realizada, su forma total, el espejismo de si mismo fuera de sí. Ahí se sitúa la órbita de cierta función del Yo. Lo que nos permitirá diferenciar cierto número de ellas.

Ven ustedes pues, a partir de ahí que, según la inclinación del espejo, ese personaje que no existe, pero que es el que ve para que comprendamos a cada instante, sabemos lo que el sujeto que existe va a ver en ese espejo, o sea una imagen nítida o fragmentada, inconsistente, “descompletada”.

¿De qué depende? De lo que ya estaba en mi primera anotación, que hay que situarse en cierta posición respecto de la imagen real, y no más allá. Si se está demasiado al borde se ve mal. Esto debido simplemente a la incidencia particular de este espejo, es decir que para ver esta imagen todo se tiene que organizar como si se tratara de un observador situado fuera del campo. Sólo a partir de cierto cono se produce una imagen nítida.

Que lo vean más o menos perfectamente dependerá de la inclinación del espejo. Ustedes percibirán la imagen más o menos perfecta, esta imagen real vista en el espejo y que sólo se realiza en el espejo. La verán mejor o peor según la incidencia en las regiones que la constituyen, según la incidencia que sufra el espejo, según la inclinación del espejo. Ese personaje que es el espectador, y que se puede decir que él es un personaje ideal, aquel al que ustedes su sustituyen por medio de la ficción del espejo, para ver la imagen real, basta con que el espejo esté inclinado de cierto modo para que se sitúe en un campo en el que se ve muy mal; por ese mero hecho, ustedes verán también muy mal la imagen en el espejo; siempre se trata de la representación de una especie de reflejo, representación de esa dificultad acomodaticia del imaginario en el

hombre.

Basta con suponer que la inclinación del espejo, o sea de algo que no existe, al nivel y en el momento del estadio del espejo, pero que luego encarnará, será realizado por nuestra relación con el conjunto de nuestros semejantes, conjunto fundamental para el ser humano, es decir la relación simbólica, en la voz del otro, y lo que dice esa voz, ella es quien dirige la inclinación del espejo; *es decir que basta con suponer en un modelo egocéntrico que la incidencia del espejo responda a la voz para comprender de qué se trata, que la dirección del aparato, la regulación de lo imaginario, pueda depender de algo que está situado de manera completamente trascendente, como diría el Señor Hyppolite, por ahora lo trascendente, estando donde estamos, no es nada más que el vínculo simbólico entre los seres humanos. ¿Qué quiere decir? Significa, para poner los puntos sobre la íes, el cómo nos definimos socialmente mutuamente por medio de algo que se llama la ley, el intercambio de símbolos por medio de los cuales situamos los unos respecto de los otros nuestros diferentes Yóes, de los que formamos parte usted, Mannoni, y yo, Jacques Lacan, y en una manera de relación que es compleja, según los diferentes planos en que nos situamos, según que estemos juntos en una comisaría, o juntos en esta sala, o juntos en un viaje, según todo lo que se define en cierta relación simbólica.»* (Seminario de Jacques Lacan, 31 de marzo de 1954, la traducción y los subrayados son míos).

En 1949, Jenny Aubry (entonces se llamaba Roudinesco), efectúa una estancia en Yale ⁵, en el *Instituto Gesell* que dirige Frances Ilg, tras la jubilación de Gesell y su abandono el año anterior de la *Clinic of Child Development*. A su vuelta a París, utiliza el material cinematográfico adquirido, en la fundación Parent de Rosan y, en 1953, presenta una de estas películas en una reunión de la *Sociedad psicoanalítica de París*: *“la concepción del estadio del espejo nos enseña que lo que vemos en la actitud del niño en presencia del espejo, de una imagen que refleja su propia imagen, entre tal fecha y tal fecha —6 meses y 18 meses— es algo que nos ilustra de manera fundamental sobre la relación del*

⁵ Comunicación personal de Élisabeth Roudinesco; véase Jenny Aubry, *Psychanalyse des enfants séparés*, Denoël, 2003, pg. 57.

individuo humano, biológico, animal. Esta exaltación, este júbilo del niño durante todo este periodo, la mostré el año pasado ante una película realizada por el señor Gesell, que no había oído hablar nunca de mi estadio del espejo y que nunca se había planteado la menor cuestión de índole analítica, les ruego que lo crean; lo que no impide y aún le confiere un valor mayor, que aisló en ese paréntesis el momento significativo del que no subraya el verdadero rasgo fundamental, ese carácter exaltante y manifiestamente estimulante, transportante, por decirlo así, en el comportamiento actual del sujeto ante el espejo, en una época y en un campo particularmente definidos y determinados; lo más importante no es la aparición de ese comportamiento a los seis meses sino su declive a los dieciocho; a saber, cómo bruscamente, el comportamiento, como lo mostré el año pasado, cambia completamente para convertirse en una apariencia, Erscheinung, una cosa más sobre la que se puede ejercer una actividad de control, de experiencia, de juego instrumental, pero que ya no posee ninguno de los signos tan claramente puros, acentuados, que tenía durante este periodo.” (Seminario de Jacques Lacan, 5 de mayo de 1954. La traducción es mía)

Lacan no dice en este pasaje quién le ha enseñado la película, tampoco sitúa el gesto que según él, veda la representación o la ausencia del falo. Lo hace por primera vez en su seminario, el 27 de marzo de 1963, pero se le ha olvidado quién proyectó la película y de qué país venía el material, o acaso quería ocultar las fuentes. Lo recordará sin embargo más tarde, en 1975, esta vez no se acuerda de si era niño o niña, en realidad como lo dice en el 63 eran niño y niña: *“Había visto una peliculita que me trajo Jenny Aubry para proponerme a título de ilustración, lo que yo llamaba en aquel momento el estadio del espejo. Había un niño ante el espejo, ya no me acuerdo si era un niño o una niña —es sorprendente incluso que ya no me acuerde... Acaso alguien aquí se acuerde. Pero lo que es seguro, es que niño o niña, percibí en un gesto, algo que representaba para mi (suponiendo como lo hago con fundamentos poco seguros) que ese estadio del espejo consiste en la unidad percibida, en la reunión, en el control asumido del hecho de la imagen de esto : que ese cuerpo de prematuro, de descoordinado hasta entonces, se asemeja*

enajmado. Hacer de ello un cuerpo, saber que lo domina, cosa que no ocurre, sin que podamos afirmarlo contundentemente, en el mismo grado en los animales que nacen maduros, no tienen esta alegría del estadio del espejo, eso que yo llamé júbilo. Pues bien, existe un lazo, un lazo entre eso y algo que se sentía en la película, a través de algo que, fuese niño o niña, lo subrayo, tenía el mismo valor: la elisión por medio de un gesto, la mano que pasa delante, la elisión de lo que acaso fuera un falo, o acaso su ausencia. Un gesto nítido lo retiraba de la imagen. Y eso lo sentí en correlación, por decirlo así, con la prematuración. Ahí reside algo que enlaza de modo primordial con lo que más tarde llamaremos pudor, pero que sería excesivo situar en la etapa llamada del espejo.” (Seminario de Jacques Lacan, 11 de marzo de 1975. La traducción es mía)

Si para Freud, en la identificación regresiva o identificación de segundo grado (*einzigiger zug*), el sujeto se identifica con un *rasgo único* del objeto perdido, para Lacan el *trazo unario* constituye la identificación primordial, encarnación del significante fálico, que por pasar de ser *rasgo* a ser *trazo*⁶ encarna el objeto perdido al mismo tiempo que lo tacha, lo veda o lo borra (efectúa su pérdida). Esta identificación con el *trazo unario*, que no se puede deslindar de la castración y de la fantasía, de las que es correlativa, constituye la urdimbre, la vertebradura del sujeto: porque se identifica con el *trazo unario*, el sujeto se vuelve muesca y forma parte de un conjunto de muescas (*trazos unarios*); al mismo tiempo y porque con ello se siente persona (*Yo imaginario*), se quiere distinguir de los demás por la singularidad de uno de sus rasgos, a partir del cual es único (*Yo ideal*), un rasgo cualquiera que le permite pasar de ser “*uno más del conjunto*” a ser “*único*”. Tal es el narcisismo de la pequeña diferencia que Freud también describe.

Al designar con el estadio del espejo el Yo freudiano, Lacan subvierte la naturaleza del narcisismo primario: ya no se trata de una interioridad cerrada

⁶ Véase nuestro trabajo con José Miguel Marinas, *Lacan en español*, editorial Biblioteca Nueva, Madrid 2002. En particular las voces *Rasgo único* y *trazo unario*, en relación con el *einzigiger zug* freudiano y el *trait unaire* lacaniano.

sobre sí, sino de una exterioridad constitutiva de la interioridad, una alienación originante.⁷

ALGUNAS CONSECUENCIAS CLÍNICAS

El sujeto carga la imagen especular, o sea su *Yo imaginario* formalizado como cuerpo, con su libido disponible, produciendo un fenómeno nuevo para él: y es que esta imagen que se anticipa con mucho a sus capacidades motoras, le proporciona el modelo de una *totalidad organizada* que su libido no puede investir totalmente sin riesgo grave. En efecto parte de esta libido se tiene que quedar al servicio del *cuerpo propio* para evitar que se genere un fenómeno de *alucinación de doble* por eso, al quedar en parte al servicio del cuerpo propio en vez de darse toda a mi semejante, se produce una manquedad de la imagen (que autentifica la imagen como tal) y en el mismo movimiento, la carga parcial del *Yo imaginario* produce la castración que Lacan llamará “- ϕ ”, y parte de la libido, la que no entra en el funcionamiento narcisístico, la que no se encarga de i(a), se compromete con los objetos que fundan el *objeto causa del deseo* “a”, desde el punto de vista de la economía libidinal para el sujeto.⁸

Pero, si hemos situado el estadio del espejo en relación con la cuestión de la simetría, no podemos terminar este trabajo sin esbozar al menos, a partir del trabajo de Érik Porge⁹, la cuestión de la *disimetría especular*: “*El arraigo de la identificación especular en el desconocimiento de la disimetría de la imagen del cuerpo, forma parte, desde 1962, de los añadidos de Lacan al funcionamiento del estadio del espejo. «Esta función de la imagen especular en la medida en la que se refiere al desconocimiento de lo que antes llamé la disimetría más radical, es la misma que la que explica la función del Yo en el neurótico.» En 1966, Lacan confirma el enlace de la identificación especular con el desconocimiento de la disimetría : «tenemos que añadir el uso con fines de apólogo, para resumir el*

⁷ Philippe Julien en *Le retour à Freud de Jacques Lacan*, éditions érès.

⁸ Guy Le Gauffey, *Lieu dit*, revista *Littoral* n° 1, y *representación freudiana y significante lacaniano* en el n° 14, ediciones érès.

⁹ *Endosser son corps*, revista *Littoral* n° 21, ediciones érès.

desconocimiento que aquí se arraiga de manera original, de la inversión producida en la simetría respecto de un plano» *El estadio del espejo no es una descripción del Yo sino una operación constituyente. Una identificación que no se puede confundir con la identidad; al contrario, es correlativa de una no-identidad, la disimetría ignorada. Así, podemos suponer, que el reconocimiento de esta disimetría de una forma o de otra, será un obstáculo para la identificación especular, pudiendo así detectar una afección primitiva de lo imaginario.*

La disimetría de nuestra imagen especular es un hecho fundamental: un dato estructural de la consistencia de lo imaginario, de la imposibilidad de reducirlo a lo simbólico. «La ilusión de que no sabríamos transmitir nada a seres transplanetarios sobre la especificidad de la derecha y de la izquierda, me ha parecido siempre buena para fundar la diferencia entre lo imaginario y lo simbólico.» Lacan habla de ilusión, pues en esta época esperaba que el nudo Borromeo le pudiese servir para transmitir esta información a seres transplanetarios. Al año siguiente, en su seminario RSI, renuncia a esta esperanza: «Les indicaré de paso que esta izquierda como esta derecha es imposible de caracterizar por medio solamente del nudo, sin lo cual tendríamos el esperado milagro que nos permitiría enviar mensajes sobre la diferencia entre la derecha y la izquierda a eventuales sujetos capaces de recibirlos. El nudo Borromeo no puede servirle de base al mensaje, al mensaje que nos permitiría transmitir la diferencia entre la izquierda y la derecha.»»

Louis Bolk, anatomista holandés, definía en 1926 el proceso de *fetalización* que permitía explicar la filogénesis de la especie humana ¹⁰. Esta *neotenia*, *fetalización* o *prematuration*, subraya la duración excepcionalmente prolongada del periodo juvenil que refuerza la capacidad de adaptación. Jacques Lacan había leído a Bolk, nos lo dice en textos como sus *Propósitos sobre la causalidad psíquica*, o la famosa conferencia llamada “*la Tercera*”, También lo cita en la entrevista de 1966 con Paolo Caruso “*Conversación con Jacques Lacan*”, publicada por Anagrama (1969): “*Lo vemos todos los días, tipos que le cuentan a uno que su primera masturbación la recordarán siempre, con un realismo que se sale de la pantalla. En efecto, se entiende bien por qué se sale de la pantalla,*

¹⁰ *Das Problem der Menschwerdung*, el problema del génesis humano.

*porque no proviene de dentro de la pantalla. El, el cuerpo, se introduce en la economía del gozo (por ahí empecé) por medio de la imagen del cuerpo. La relación del hombre, de lo que así nombramos, con su cuerpo, si hay algo que subraya hasta qué punto es imaginaria, es el alcance que tiene la imagen y desde el principio, eso lo subrayé bien, para eso hacía falta una razón en lo real, y solo la prematuración de Bolk —lo de la prematuración no es mío, es de Bolk, nunca he intentado ser original, he intentado ser lógico— solo lo explica la prematuración, explica esta preferencia por la imagen de que anticipa su maduración corporal, con todo lo que conlleva, claro está, o sea que no puede ver a uno de sus semejantes sin pensar que ese semejante le está quitando su sitio, con lo cual, naturalmente, lo vomita.» (Jacques Lacan, *La troisième*, Roma, 1974. La traducción es mía).*

Lo vomita porque le impide disfrutar como “Yo” de sentirse único en su sensación de totalidad. Lo vomita porque la inclinación del espejo ordenada por la voz, voz anticipada del conjunto de sus semejantes, se anticipa también en la construcción del espacio simbólico:

«Esos juegos de ocultación son los que Freud, en una intuición genial, produjo ante nuestra mirada, para que reconociésemos en ellos que el momento en que el deseo se humaniza coincide con el del nacimiento del niño al lenguaje.

*Ahora podemos percibir que el sujeto no solo domina en ellos su privación asumiéndola, sino elevando también su deseo a la segunda potencia. Ya que su acción destruye el objeto que hace aparecer y desaparecer en la provocación anticipante de su ausencia y de su presencia. Negativiza así el campo de fuerzas del deseo para convertirse en su propio objeto ante sí. Y este objeto, incorporado de inmediato en la pareja simbólica de dos yaculaciones elementales, anuncia en el sujeto la integración diacrónica de la dicotomía de los fonemas, de los que el lenguaje existente le ofrece la estructura sincrónica para que los asimile; de modo que el niño se empieza a introducir en el sistema del discurso concreto del ambiente, reproduciendo más o menos aproximadamente en su “¡Fort!” y en su “¡Da!” los vocablos que recibe de él.» (1953 *Función y campo de la palabra y del lenguaje*; la traducción y los subrayados son míos)*

Al contrario de la ideología de una *Psicología del Yo*, en donde el paciente se identifica al final de la experiencia con la imagen del Yo fuerte del analista saliendo así reforzado en su propio Yo, o sea, renuncia a su *Yo enfermo* en favor de un *Yo sano* reforzado por el de su analista, el estadio del espejo y la *función de la voz como corte dialéctico de la imagen yóica*, nos permite pensar una clínica diferente tanto en la dirección de la cura como en el paso del analizante al analista (que es una de las maneras como se termina un análisis).

Esa voz que circula por el mismo conducto que la respiración y que nos permite vivir la primera experiencia del « *corte* » “Fort – Da”, cosa que, desde el punto de vista de la respiración (corte de respiración), solo se experimenta de forma dramática.

Esa voz que, en el neurótico, introduce el *peso real del sujeto en el discurso*, en la *formación de la instancia del superyó*, el *vozarrón que representa la instancia del Otro real*, es muy diferente de la voz que oye el delirante, una *voz de indiferencia inhumana de la que no hay nada que esperar*.

Si la voz en el neurótico funciona como *precepto* de una relación con la manquedad, en la alucinación es *percepción desencarnada*, percepción desviada, nunca precepto.

El demonio de Sócrates es *precepto*, no es “*percipiens*” alucinatorio, precepto enduendado que le lleva a la pureza inflexible de su “*atopía*”.

Voz que advierte, en el flujo de la transferencia a la que el analista se presta, más allá de la identificación.

Ello implica un desplazamiento del analista respecto de la identificación primordial, en donde el sujeto anticipa su unidad corporal de manera especular, *un desplazamiento en donde su manquedad original se puede identificar con su deseo*: presencia ausencia del Otro (A), “Fort – Da”, voz del otro en él que le advierte de la diferencia radical, primado de la ausencia.

El analista al final del análisis identifica su propia muerte o destitución real tras las máscaras, experiencia que repite simbólicamente al ponerse al servicio de su posición en la experiencia que dirige.

Ni siquiera sujeto, Yo, estoy sujetado a la condición de una imagen que me brinda unidad y cuyo destello lo desmienten mis dolores, mis chocheos, la *insatisfacción de mis funciones vitales* que me matan mejor y de manera más real que el artilugio freudiano de la pulsión de muerte. Además, me duele tan a menudo esa constante dualidad de no ser yo mas que a condición de aceptar alienarme en el deseo de otro... Otro que, como una madre, solo quiere mi bien a condición de poderlo definir él, mayúsculo propietario de mi sensación de ser, condición controladora de mi unidad subjetiva e incluso de mi apariencia: ¡Qué difícil es torear gustándose!

Nos queda el movimiento, ese desplazarse por las voces del deseo, dibujar alguna trayectoria y darle consistencia a algunos actos: salir del espejismo que nos funda para seguir diciendo y alentando.